

frió, con trozos de leña que sus discípulas le llevaban, vivía. Verdad es que, cosiendo también en la escuela, necesitaba, para estar un poco libre, hacer que sus alumnos copiasen muchas páginas de la Historia Sagrada y llenasen medios cuadernos de caligrafía; pero á coser en la escuela obligábala la imposibilidad absoluta de gastar en luz para trabajar por la noche.

—Porque—decía ella ingenuamente sonriéndose con agrado y tendiendo á sus huéspedes dos copas de agua azucarada, yo no tengo los pingües sueldos que ustedes tienen.

UN INSPECTOR DOCTÍSIMO

Emilio Ratti volvió á ver á muchos de estos colegas suyos con motivo de la visita del inspector, que llegó á Camina á fines de Mayo, cuando ya las escuelas estaban medio vacías. El primero que supo la llegada del inspector fué el maestro señor Reale, el cual, desde muchos días antes, enviaba, mientras daba lecciones, á dos de sus bribonzuelos para que expiasen en el camino provincial, como á media milla fuera del pueblo. Pero Emilio Ratti lo vió entrar de pronto en su escuela, acompañado por el cura. Era un hombretón que llevaba un gran sombrero de *jipijapa* (1) imitado y un enorme chaleco blanco; rostro juntamente reservado y movable, como de pensador desordenado; de esos hombres de claro talento y de gran cultura, pero inútiles y hasta perjudiciales, que, lo mismo al pensar que al obrar, remontan demasiado el vuelo y se ciernen muy por encima de sus cargos, bien así como bocas de fuego cuya puntería se ha graduado mal y que lanzan sus proyectiles por encima del enemigo.

Era éste, para Ratti, una variedad nueva del inspector, variedad que llamó la atención del maestro más

(1) Se halla tan generalizado el empleo de este término, que no he vacilado en aceptarlo: aun que la Academia no haya autorizado su uso todavía.

(N. del T.)

que las otras, pero sin proporcionarle por eso mayores ventajas. El inspector penetró en la escuela, miró, preguntó al maestro con afabilidad, y permaneció un rato oyendo la lección; después dirigió por sí mismo algunas preguntas á los alumnos; pero en la manera de rascaise la barba y mirar distraído á todas partes, comprendíase que prestaba á las contestaciones atención muy escasa. De repente interrumpió á un alumno, al cual había preguntado y que estaba respondiendo, y expuso al maestro una teoría de su cosecha.

Era contrario á la opinión de casi todos los tratadistas de pedagogía, los cuales afirmaban que debían cultivarse las facultades intelectuales de manera que se evitara que unas, ó más de unas, prevaleciesen sobre las otras. Opinaba él que los maestros debían buscar en cada niño la facultad dominante, que más ó menos velada existe en todos, y dedicarse por todos los medios posibles á robustecerla y á desarrollarla, ó procurar que naciese en el espíritu infantil la confianza en sí mismos, el amor al estudio, sirviéndose de esta manera de aquella facultad, como de una palanca para elevar las otras. A lo cual agregó un largo párrafo, refutando de pasada la teoría de igualdad de las inteligencias de Jacotot.

Después tornó á interrumpir al alumno para recomendar al maestro la lectura de un libro recién publicado: «Spencer y Schopenhauer en la educación»; claro, sustancioso, y que le sería de gran utilidad para dirigir bien la educación moral de los niños.

Quando, por fin, pudo responder el muchacho, el inspector le corrigió la pronunciación, y preguntó al maestro: ¿No es usted *fuertista*? (1)

Emilio tenía apenas una idea vaga de la polémica entablada, acerca de la pronunciación, entre *fuertistas* y *suavistas*; pero, adivinando en el tono de la pre-

(1) *Raforzistas* y *Raddoppistas* dice el original; escuelas que en este caso—lo mismo que sucede con nuestros *loistas* y *leistas*—controvierten un asunto gramatical y adoptan nombres de ocasión, que serán efímeros como lo es la polémica que los crea, y que no tendrían significación traducidos literalmente; por lo cual he creído preciso emplear los vocablos *fuertistas* y *suavistas*, que dan idea aproximada de lo que ha querido expresar el autor

(N. del T.)

gunta las opiniones del inspector, contestó resueltamente:

—¡Oh! no, señor!

—Sea muy enhorabuena —exclamó éste,— y no se deje usted seducir. Para mí es una teoría sin fundamento sólido, que solamente sirve para aumentar la confusión de métodos. Negó valor al argumento aducido por los *fuertistas* de que su teoría se hubiese abierto camino en las mejores obras de lectura de Alemania, de Bélgica, etc. En lo que respecta al alemán, desde luego era de todo en todo inexacto; y presentó ejemplos de la descomposición de algunas voces compuestas, en las que la primera componente terminaba en dos consonantes, y al descomponer la palabra dicha consonante se quedaba formando sílaba con la vocal interior. Prometió, además, dar al maestro un librito publicado hacía poco tiempo, y en el cual las razones de Lambruschini, de Muzzi, de Gazzeti, estaban refutadas victoriosamente.

Después, y con ocasión de hablar acerca de un alumno cuyo padre había estado algún tiempo en el manicomio *Collegno*, aludió á la teoría de la transmisión hereditaria, sosteniendo las opiniones de Siciliani contra la de los «evolucionistas» (1) puros, que no daban la importancia debida á «la energía de la voluntad» y concedían demasiado al «medio ambiente». Y concluyó:

—Volveremos á hablar de esto.

Después de esto, y mientras el cura dirigía algunas preguntas de religión á los niños, estupefactos aún por los discursos incomprensibles que habían oído, exclamó como si hablase consigo mismo:

—¡La divinidad! ¿En qué puede consistir la conciencia de la divinidad en los niños? ¡Grave problema es éste, reverendo padre! Problema de sentimiento. ¿Sentimiento de «una fuerza personal superior?» ¿Sentimiento de un algo «incognoscible?»

Miróle el cura, abriendo la boca en forma de círculo.

Levantóse el inspector, elogió á los alumnos, al maestro, al superintendente, y después, tornando á dirigirse á los escolares:

(1) Un vocablo que no se halla todavía en nuestro Diccionario, pero que necesario y además es lógico admitir. (N. del T.)

—Acordáos—les gritó como preparándose á pronunciar un discurso;—pero varió de propósito, y después de decir:

—Niños, hasta la vista.

Salió de la escuela.

El cura, hombre muy bonachón, que deseaba tener un elogio preciso y concreto del profesor para comunicarlo al Ayuntamiento, preguntó luego que estuvo fuera del edificio:

—¿Parece á usted, por consiguiente, señor inspector, que el método es bueno?

—¡Oh, Dios santo!—respondió el inspector al cubrirse la cabeza con su ancho «jipijapa» imitado. El método... A pesar de todos los progresos de las ciencias biológicas, alumbradas además por los descubrimientos recientes de la paleontología y de la «embriología» (1), aún no conocemos suficientemente la generación, las evoluciones, las leyes del pensamiento y todas las facultades humanas en general, para que podamos decir de un modo absoluto:

—Este método es el bueno.—No existe un método. Cada maestro subsana más ó menos hábilmente esa deficiencia. La verdad del caso es que debería usarse un método diferente para cada niño, y hasta un método distinto para cada facultad del mismo muchacho.

El cura sacudió lentamente la cabeza y se puso á mirar al suelo.

—De todas maneras—dijo para concluir el inspector,—¿quién sabe? Acaso todo esto sea embustería, y usted perdona la palabra, y no exista siquiera una ciencia de la educación. ¿Quién asegura que no sea exacta la objeción que presentaba Spencer: «Si la «autodidáctica» (2) es un principio inconcuso, ¿por qué no abandonar á los niños á la disciplina de su naturaleza?»

1) También hace falta este término en nuestro Diccionario. (N. del T.)

(2) Admitidas ya por la Academia, con mucha razón, las voces autonomía, autografía, autobiografía, etc., no veo la dificultad que puede existir para que también sea autorizado el uso de *autodidáctica* (enseñanza de sí mismo). (N. del T.)

Sonrióse el cura en señal de aprobación y se despidió, y el inspector, con esa rápida familiaridad con que los ancianos inventores de ideas se unen á quien les comprende algo entre muchos que no los comprenden nada, manifestó deseos de que el maestro le acompañase á comer en la fonda del «Sombrero gris», donde llevó á cabo una interminable correría á través del inmenso enebreal de la pedagogía alemana, interrumpiéndose una sola vez para preguntar de repente:

—¿Qué clase de hombre viene á ser este alcalde? Me ha parecido que tenía todo el aspecto de un aldeano camandulero.

Dijo, por último, que había encontrado en la otra escuela un maestro que le parecía medio borracho; con tal motivo expuso una serie de observaciones hechas por él, relativamente al efecto particular que la embriaguez produce en la memoria de los vocablos y de los números; observaciones de las cuales creía el inspector que podrían obtenerse algunas luces nuevas para la mnemotecnia, que también ayudarían mucho en las escuelas de instrucción primaria.

En el día anterior había visitado ya varias escuelas de la comarca; terminó aquella tarde misma todas sus visitas, y al día siguiente dió, en la escuela de Emilio Ratti, una conferencia didáctica, á la que asistieron casi todos los maestros del distrito. Entre éstos vió Ratti al poeta que daba á sus alumnos puntapiés y pescozones, al ubicuo, á la maestra de Riocaldo, y á otros que solamente de nombre conocía. Disertó el inspector sobre el deber que los maestros tienen de conocer los caracteres particulares, así morales como políticos, de la edad presente, para que puedan combatir en germen, en el ánimo de los niños, las pasiones peligrosas y los vicios propios de su «ambiente social», y no caer, por otra parte, en el error de dar á los muchachos una educación que no se compadezca con el espíritu del tiempo y del país en que habrán de vivir. Haciendo un gran esfuerzo, habló desde el principio de manera propia para hacerse entender, ó poco menos, por todos; pero después se le fué el santo al cielo, y de tal modo se elevó en sus ideas, en el lenguaje y en las citas, que la mayoría de los oyentes

perdieron el hilo por completo, como si les hubieran hablado de cálculos sublimes. El pobre cura, muy especialmente, siempre que oía el nombre, tantas veces repetido, de Schopenhauer, hacía una mueca, producida por la contracción nerviosa de la mejilla derecha, con que se nublaba su rostro, como si el sacerdote hubiera oído hablar de un enemigo misterioso de su familia. Algunos otros, aunque devorando al conferenciante con los ojos, pensaban evidentemente en sus asuntos particulares. Los más ancianos dormitaban. Cuando el inspector acabó, todos permanecieron silenciosos, como atortolados, de tal modo turbados con aquella espantosa confusión en la cabeza, que, preguntados uno á uno, acaso ni uno habría sabido cómo arreglarse para enseñar bien el abecedario. Solamente el maestro señor Ratti mostró su satisfacción, gritando en voz bastante alta para que fuese oída:

—¡Este es un hombre!

El inspector, siempre absorto en sus pensamientos, hallando á la salida al alcalde, al cual ya no reconoció, hízole grandes elogios de todos. Todos le acompañaron hasta la posada, que él solo no habría acertado á encontrar, y allí se quedaron rodeándolo y oyéndole hablar, hasta que partió el carruaje, en medio de los saludos generales. Al cabo de veinte minutos, volvió atrás para recoger algunos papeles que había olvidado. Después tornó á partir definitivamente, dirigiendo á Emilio Ratti, á modo de despedida, estas últimas palabras:

—Mañana le enviaré el libro.

No envió nada, ni volvió á verlo nadie. Solamente quedó de él en Camina el recuerdo de su «jipijapa», debajo del cual brotaban, como fuente inagotable, palabras ininteligibles.

LOS MÁRTIRES DE LA GIMNASIA

Después de los exámenes, habríase entregado Emilio con cierta voluptuosidad á un descanso absoluto durante un mes; pero no pudo, porque hacía ya bastante

La novela de un maestro—Tomo II—11

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1925 MONTREPOS, MEXICO

tiempo tenía que saldar una cuenta pendiente con el ministerio de Instrucción pública; es á saber: la obligación de proveerse del título de maestro de gimnasia; obligación que S. E. el señor Ministro había impuesto en recientes resoluciones, bajo la pena, á quien careciese de tal requisito en el año académico próximo venidero, de quedar inhabilitado para la enseñanza. Con esta mira, el joven había solicitado su admisión en un curso mensual que debía darse, durante aquel verano, en la ciudad de *** precisamente para todos los profesores del uno y del otro sexo, que se habían hecho hasta entonces los sordos á las varias recomendaciones ministeriales. Por esta razón, no bien hubieron terminado los exámenes, Ratti arregló su maleta, cobró el estipendio extraordinario que le correspondía por aquel mes de permanencia fuera de su casa, metió en la bolsa el tratadillo de gimnasia que le había servido hasta entonces para ir viendo algo y partió, no descontento, en el fondo, de tornar á ***, ver otra vez á sus hermanos y á sus protectores, todo por cuenta del Estado, á razón de treinta y tres *perros* diarios... ¡sin descuento!

Cuando llegó á *** tuvo la satisfacción inesperada de encontrar á varios antiguos colegas, de quienes no tenía noticias hacía ya mucho tiempo. Con gran contentamiento, en medio de aquella confusión de maestras y de maestros en que se halló al penetrar en el gimnasio, vió pasar á la señorita Strinati, de Garasco; á la señorita Manca, de Piazzena; al señor Calvi, de Altarana, y cuando todos estuvieron formados dentro del edificio, esperando el llamamiento de un inspector de barba blanca, á quien los maestros de la localidad solían apodarar «Depretis», oyó nombrar á la señora Falbrizio, y oyó también una voz conocida que respondió: *presente*. Pero este contentamiento se vió pronto turbado por la tristeza y el dolor que produjo en el alma del joven la contemplación de la gente allí reunida. Había unos cuarenta hombres y unas cuarenta señoras; éstas, en dos filas, á la derecha; aquéllos á la izquierda; todos á la sombra de un espacioso cobertizo, delante del cual extendiase un patio cuadrado, lleno de aparatos de gimnasia. ¡Qué gimnastas! ¡Dios

de los cielos! Eran los inválidos del cuerpo docente; todos los que por vejez, por enfermedad ó por defectos físicos, habían retrasado cuanto les había sido posible aquel momento de ponerse en berlina, y que, después de haber intentado mil modos de sustraerse al cumplimiento de aquella obligación, se resignaban para no perder el sustento. Emilio se avergonzó de haberse descuidado tanto, y de verse en aquella retaguardia. Había allí ancianos de setenta años, sacerdotes de cabellos blancos, maestras vestidas de campesinas, encorvadas ya por la edad, señoras *encintas* (1); había también dos monjas muy gruesas, y un jorobado; y acá y allá cabezas calvas, caras flacas con anteojos, hombros caídos, piernas flojas y zapatos de paño. Jóvenes como Emilio habría, cuando más, siete ú ocho; de las maestras, solamente había dos de menos de treinta años; entre éstas reconoció Emilio á la revoltosilla de Pieve, que hacía sus escapatorias á Garasco con las manos llenas de flores, y que tenía en su pueblo una escuelita, un escrúpulo de casa y un jardín, todo pequeñito y gracioso, como ella; había engruesado un poco, pero siempre parecía muy joven. Fuera de ésta, no había sino vejez prematura, ancianidad, desgracias y pobreza.

El inspector presentó á los hombres el maestro de gimnasia; un jovencillo flaco y alegre, con una chaquetilla tan corta y unos pantalones tan ajustados, que parecía vestido de una malla negra como un diablo de teatro; y á las maestras una señora morena y grave, con la raya de los cabellos á un lado, lo cual le prestaba cierto aire belicoso: era una profesora de Turín. El uno y la otra pronunciaron sendos discursos por vía de introducción á su enseñanza, y al día siguiente comenzaron sus lecciones.

(1) La *Academia Española*, que en varias ediciones de su Diccionario (la undécima inclusive) admitió y definió el vocablo *encinta*, y condenaba como absurda la locución adoptada por el vulgo, *en cinta*, en la duodécima edición, sin que sea posible adivinar las razones que á ello la han movido, suprimió el *est* y *encinta*, genuinamente castizo por su etimología; y acepta y autoriza el *estar en cinta*, tan severamente condenado por la misma docta Corporación. Creo que la *Academia* se ha equivocado en esto, como se habría equivocado admitiendo, por ejemplo, la voz *pangelina* (corrupción de *pange, lengua*) muy empleada por el vulgacho; esto no obstante, me ha parecido conveniente no usar ese término *encinta*, sin llamar sobre él la atención del lector curioso. — N. del T.

¡Pobres «Atlantes de la sociedad venidera» ¡Para la mayor parte de ellos fueron verdaderamente aquellos treinta días, treinta días de Purgatorio! Algunos que eran maestros en pueblos próximos, venían á la ciudad por la mañanita temprano andando (á pie), unos tres, otros cuatro millas del Piamonte, y regresaban á sus respectivas casas (á pie siempre) después de la lección de la tarde. De los demás, los unos dormían en jergones, dentro de las barracas facilitadas por el Ayuntamiento; otros por acá y por allá, en paradores de carreteros; varias maestras habían sido albergadas en un convento. La mayor parte de ellas, como no tuviesen dinero bastante para comer en la fonda, comían al aire libre; veíaselas, entre una lección y otra lección, en grupos de tres ó cuatro, sentadas á lo largo del paseo, comiendo pan y cecina, ó un melón comprado en sociedad, ó bien polenta fría; bebían en las fuentes públicas ó en los arroyuelos; algunas, con sus hijos, á quienes se habían traído del pueblo con ellas; otras, dando de mamar á los niños de pecho, y después de haber comido, muchas dormían en los bancos de piedra de las calles de árboles, apoyando la cabeza en los fardos que contenían sus ropas. Ante aquel espectáculo, á Emilio Ratti se le oprimía el corazón, sobre todo cuando los señores (y también las señoras) de la ciudad miraban, al paso, hacia aquellas infelices gentes con una sonrisa de compasión fría, en la que se adivinaba que estaban más escandalizados que doloridos, viendo á los maestros en tales condiciones. La indignación sugería entonces pensamientos diametralmente opuestos á los que había concebido al contemplar aquello por primera vez; Ratti no se avergonzaba ya de sus colegas; hasta aceptaba con altivez su fraternidad, para hallarse en aptitud de rechazar en nombre de ellos una conmiseración humillante: para decir desde lo más profundo de su alma á las clases favorecidas, que el espectáculo lamentable que estaban dando los maestros de su país, no era en el fondo sino un efecto algo lejano de la vergonzosa indiferencia del mismo; indiferencia disfrazada con vanas declamaciones humanitarias en pro de la escuela del pueblo y en pro de su profesión; un reflejo indirecto de la igno-

rancia, de la estupidez, de la farsa «patrioter» de millones de ciudadanos semejantes á ellos.

No obstante, en el gimnasio, donde no había espectadores extraños, el maestro no podía contener una sonrisa, una de esas sonrisas provocadas irresistiblemente por ciertos aspectos cómicos, en las que no hay ni sombra siquiera de burla á las personas y para las que hasta busca excusa el propio corazón en el momento mismo de sonreírnos. Aquellos pobres viejos achacosos, aquellas maestras de cabellos blancos, aquellos sacerdotes contemplaban al profesor y los aparatos; escuchaban y repetían aquellas nuevas y heteróclitas voces de mando, con cierto aire de asombro y de inquietud, como si les hubiese llevado allí al capricho tiránico de algún ministro medio loco; pero no podían explicarse de ninguna manera cómo aquellos instrumentos de tortura y aquellas representaciones de volatineros pudiesen cooperar en la escuela á la regeneración del pueblo. Parábanse en medio de los movimientos á consecuencia de un golpe de tos, ó por una punzada del reuma; mirábanse unos á otros antes de obedecer á la voz de mando, porque ninguno se atrevía á ser el primero; y después de cualquier movimiento un poco vivo, algunos se palpaban el traje como si temiesen destrozarlo; otros se quedaban bamboleando; cuando debían elevar los brazos, hacíanlo todos de la misma manera, como si dijese:

—¡Dios de misericordia! ¡Libranos, Señor, de este martirio!

Y en tanto que los cincuentones ya pesados enviaban á los pocos compañeros jóvenes que aún tenían en los miembros la flexibilidad necesaria para aquella faena, ellos mismos eran á su vez envidiados por los ancianos de setenta años, á quienes costaba mucho mantenerse en equilibrio, y estos mismos lo eran, por su parte, por las maestras contemporáneas suyas, á las cuales parecía que en los hombres, aunque fuesen viejos, la gimnasia podría ser ridícula, pero cuando menos no era, como en ellas, una cosa indecente. Sobre todo entre las maestras las había que, cuando habían de presentarse al frente de todas y repetir las voces de mando, experimentaban tal turbación, que perdían

la cabeza y tenían que repetirles diez veces la orden más sencilla, y su voz se apagaba entre los labios. La profesora decía:

—¡Animo, señora! Aquí estamos entre compañeras; no hay motivo para avergonzarse; es necesario que forme usted una idea.

La maestra señora Manca, de Piazzena, en la tercera lección, como tuviese que realizar un movimiento delante de sus compañeras, fué acometida de tan terrible confusión, que no consiguió ni aún alzar los brazos, y allí permaneció con la barba apoyada en el pecho y los ojos clavados en tierra, como paralizada.

—¿Pero por qué no lo ejecuta usted?—le preguntó la profesora; y ella, con voz ronca y desanimada, dijo:

—No sé... no me atrevo... no puedo.

Y la profesora vióse precisada á enviarla á su sitio.

La primera compañera á quien Emilio pudo hablar despacio, fué la señora Strinati, de Garasco; la espalda de ésta habíase encorvado un poco más, y los claros entre sus cabellos eran más espaciosos; pero no se había debilitado aquella mirada severa detrás de los anteojos ahumados, ni suavizado su rostro seco, en el cual no parecía sino que el tiempo, desesperado, había renunciado á trabajar. La maestra saludó al joven sin alegría, pero con gusto; dióle noticias del señor Leri, que seguía devorando novelas; de la maestría de 1.ª, que continuaba anotando sus pensamientos y declamando poesías, sin hacer progresos ni en declamación, ni en literatura. Lo demás todo había cambiado. El cura viejo había fallecido, y ocupaba ahora su puesto un cura joven é intrigante, el cual escribía en los periódicos clericales, cortejaba á las señoras, y hacía y deshacía en las escuelas. En lo relativo á Toppo, el asesor, la señora Strinati se maravillaba de que Emilio nada supiese del escándalo que había sobrenido con motivo de la sobrina; escándalo del cual hasta habían hablado los periódicos. Había ocurrido que un enemigo encarnizado del señor Toppo, propietario muy rico y diputado provincial, y que conocía en Turín á todo el mundo, ó poco menos, se empeñó en averiguar lo que había sobre el título de maestra

de la sobrina, y logró saber que la muchacha no se había examinado nunca. El Provisor, informado del asunto, había enviado á llamar al superintendente, el cual, fingiéndose calumniado, habíase enfurecido y dándose á todos los demonios. Pero las pruebas de los hechos lo aniquilaban. Después de otras averiguaciones habíase venido á descubrir que había tomado parte en la farsa un profesor cura, pariente suyo, al que un empleado había hecho el título falso. El cura y el empleado habían sido condenados á cesantía; la joven inhabilitada por siempre para presentarse á examen de reválida, y el señor Toppo obligado á presentar la dimisión de sus cargos de superintendente y de concejal.

—¡Una ruina completa!—dijo la señora Strinati.— ¡Si parece imposible! ¡A qué extremo hemos llegado en este país! ¡Hasta falsificar «un certificado oficial de pobreza!»

De la ruina de Toppo se había originado que el alcalde velocipedista, privado de su brazo derecho, y cada día más aficionado á satisfacer sus caprichos, hubiese descuidado los negocios del Ayuntamiento hasta tal punto, que un delegado de la contabilidad que el Subgobernador había enviado para girar una visita de inspección, encontró las oficinas del Municipio en un estado deplorable, los archivos en desorden, los inventarios incompletos, los registros de contabilidad involucrados, y hasta perdida la subvención dada por el Gobierno para una calle nueva, por no haberse hecho con oportunidad las gestiones necesarias. Por esta razón había cesado aquel alcalde reemplazándole otro, uña y carne del cura, que de este modo llegó á ser el verdadero amo del pueblo. El joven preguntó por el secretario. El secretario había escapado de allí no bien cayó el alcalde, y dejó muchas deudas en todo el pueblo, y desconsolada á la maestría; ésta había concluido, á pesar del «voto hecho», por enamorarse del susodicho secretario en tales términos, que á las primeras noticias de su fuga se había encerrado en su habitación y muchos temieron que tratara de suicidarse por asfixia; pero el padre y algunos vecinos que echaron abajo la puerta, halláronla copiando en limpio

una poesía. Como además en aquel año cumplía la joven los veintinueve, estaban esperando todos que publicase sus cosas; la maestríta afirmaba que todo lo tenía dispuesto, y que deseaba dedicar sus obras á la reina de Portugal.

—Y sabe usted—terminó la señora Strinati despidiéndose,—las escuelas continúan en el mismo estado. No hay otra diferencia que algunos más cristales rotos.

Pero las noticias que más interesaban á Emilio eran las de Altarana. La vez primera que pudo acercarse á la señora Falbrizio, se la llevó aparte y la preguntó con apresuramiento por la señorita Galli:

—¡Vea usted!—le respondió ella mirándole fijamente y con cierto aire de malicia;—creía yo que usted me preguntaría antes por otra persona.

El padre de la señorita Galli había muerto en el invierno anterior, después de haber pasado su hija veinte noches á la cabecera del enfermo sin desnudarse. No podía decirse lo que la había apesadumbrado aquella desgracia... «Demasiado».

—A veces—dijo para explicar su pensamiento,—estas maestras bonitas y jóvenes se desesperan también un poco... para hacer lo que leen en los libros. ¡Oh! no quiero de ninguna manera decir,—se apresuró á manifestar cuando vió la cara de Emilio,—que su dolor no fuese sincero... Tanto más, cuanto menos compasivo se había manifestado el alcalde, que solamente le concedió tres días de permiso, viéndose obligada, por lo tanto, á explicar en seguida, y en tal estado ¡la pobre! que sus discípulas sollozaban con ella. ¡Ah! ¡Qué alcalde! ¡Hombre sin entrañas!

—Ahora, no obstante, y á Dios gracias, parecía haberse suavizado un poco, porque al cabo había resuelto hacer que viniese á la escuela de las «Casas Rojas» la maestra casada, por causa de la cual había ella padecido tantos sinsabores; el alcalde empleó al marido en el Municipio, acaso con la intención de darle después el cargo de secretario.

—«Motivo por el cual»—dijo la señora Falbrizio con su sonrisa dulce y brillándole los ojos, ha dado habitación en las Casas Consistoriales á la familia, muy

cerca de su cuarto; de modo que por la noche, cuando el alcalde tenga que transmitir alguna orden urgente... al marido, no necesita sino dar un golpecito en la pared; y así... según dicen, va mucho mejor el servicio.

Dióle después noticias de los señores Samis, que estaban muy bien, y del jovencillo Generi, que hacía prodigios en la escuela técnica de Turin, y había adquirido tan buenos modales y tomado aires tan aristocráticos, que en las vacaciones no quería comer á la mesa con su padre, porque decía que le faltaban los dientes y escupía en los platos. Pero aparte de eso, andando el tiempo, sería uno de los que dieran honra á su pueblo natal. Con respecto á la maestra señorita Vetti, habíanle mandado á un pueblecillo de Sicilia... después, se comprende, y sin que hubiese visto la banda de ningún juez municipal (1).

—¿Y ha visto usted al señor Calvi?—preguntó por último.—Procure usted verlo, y le dirá cosas de gusto contra la gimnasia. ¡Si usted oyese cómo le desagrada porque no la ha inventado él! Es un gran hombre y de mucho talento; ¡lástima que tenga al lado á esa dichosa partera que le mortifica con sus celos! celos que la hacen perder la cabeza en tales términos, que no hay parto en el pueblo que salga bien. ¡Celosa todavía á los cincuenta y cinco años! ¡Figúrese usted! Y después de haber visto tanto...; fijese usted en que digo *visto*, y no *hecho*, como dicen todos. ¡Oh, qué mundo!

El señor Calvi se había declarado efectivamente enemigo de la gimnasia ministerial, y la «ejecutaba» con manifiesto desdén, sin quitarse ni aún el sobretodo, que tenía siempre cubierto de manchas y relleno de papeles, lo mismo que le sucedía en Altarana. El maestro de las invenciones se apoderó un día de Emilio, y entre clase y clase le explicó sus ideas sobre la materia. La gimnasia, con aquellos movimientos acompañados y medidos, como se enseñaba ahora en las escuelas, según el concepto de aquel talentazo de De Sanctis, que carecía por completo de sentido común,

(1) Como el lector comprende, la maestra señora Falbrizio quiere significar, por medio de ese rodeo, que la señorita Vetti no se ha casado. N. del T.

era propiamente una payasada, que dentro de pocos años sería la irrisión de todos. En su opinión, también para vigorizar físicamente al hombre era menester, lo mismo que en las cosas morales, elevarse á los principios. Ahora bien; como la ciencia tenía asentado con firmeza que el hombre había sido, en la antigüedad remotísima, animal cuadrumano, habituado á estar la mayor parte del tiempo encima de las plantas, deducíase que, para restituir poco á poco á su cuerpo la salud, la fuerza y la agilidad que había perdido, se necesitaba volverlo á las plantas, ó sea discurrir un gimnasio que tuviese un solo fundamento y aparato único: «el árbol»; el árbol natural, por supuesto. El árbol, efectivamente, reunía en sí todos los aparatos; ofrecía el tronco para encaramarse; las ramas como barras fijas ó trapecios de suspensión; servían además para saltar de una á otra, para hacer ejercicios de equilibrio, ó para amaestrarse á caer desde las alturas; además, el árbol era el más higiénico de los gimnasios, ya por el oxígeno que exhalaba su follaje, ya por el color verde, que permitía á los ojos descanso. Debían, por consiguiente, los chicos acostumbrarse á comer, á dormir, á jugar y á estudiar en los árboles, y de este modo todas sus facultades físicas se desarrollarían rápida y armónicamente. Existía además una razón de correspondencia histórica, muy digna de ser tenida en cuenta; el árbol del paraíso terrenal había sido el símbolo de la ciencia del mal y del bien; el árbol de la libertad, el símbolo de la redención civil del hombre: el árbol de la gimnasia sería el símbolo de la regeneración física... El pensamiento, aparte de todo esto, necesitaba ser desarrollado con amplitud, y para ello estaba Calvi preparando una serie de artículos...

—Entonces ya veremos—dijo por último.—Por ahora me toca hacer de titiritero con los otros, porque así place á los grandes hombres que tienen en sus manos el timón.

Y terminó sonriendo con altivez:

—Acaso algún día los haré bailar á todos ellos.

Entre tanto continuaban las lecciones, que se señalaba casi diariamente por algún episodio. Una mañana

asistía el inspector al acto de pasar la lista de las maestras, y como faltase una, preguntó la causa á las compañeras; éstas se miraron unas á otras, y no contestaron; después una de ellas salió de las filas y fué á decir al inspector en voz baja que la ausente, que era ya madre de cinco hijos, había dado á luz el sexto durante la noche anterior...

—Pero ¿cómo?—exclamó el inspector.—¡Si asistía á la lección de ayer!

La pobre mujer, efectivamente, aunque se figuraba lo que sucedería, había ido al gimnasio para no perder la lección, y á la salida había sentido los dolores. En la misma lección se puso mala otra maestra, también *encinta*, cuando el ejercicio de la rotación de los brazos, y fué preciso que se la llevasen. Sin embargo, lo que para las personas de edad resultaba más molesto y más difícil, no era el ejecutar los movimientos, sino el aprender y conservar en la memoria la teoría. A varios de los viejos, que ya tenían la memoria algo debilitada, aquel tecnicismo acrobático soldadesco se les resistía horriblemente. Ya estaban á la mitad del curso, y uno de ellos, un setentón pequeñito, arrugado, con traje de terliz azul obscuro y que para andar necesitaba apoyarse en el bastón, no había logrado entender el por qué ni el cómo á la voz de «flanco derecho» ó «flanco izquierdo» los actuantes debían volver hacia el flanco derecho ó el izquierdo de ellos mismos, y no á los del que les enseñaba. Se equivocaba siempre, y desesperado se golpeaba la frente con su mano surcada de venas, y pateaba. Había también un pobre clérigo, seco, casi doblado en dos, vestido con una sotana de color de hierba seca y llena de telarañas; este infeliz á cada movimiento nuevo que se presentaba, pedía en voz baja al maestro, con el tono de quien pide un céntimo por amor de Dios, que le dispensase de hacerlo; el profesor, con mucha bondad, le persuadía á que probase. Pero cuando llegó al salto de la cuerda, aunque estaba tendida á la altura de un palmo del suelo, se negó obstinadamente á saltar, moviendo la cabeza y haciendo signos negativos con su mano temblorosa.

—Pero vea usted, reverendo padre, vea usted—le

dijo el maestro;—sólo se trata de saltar una vez para aprender la «posición de partida» y la posición de «llegada», á fin de poderlas enseñar á los niños; un salto nada más.

Pero el clérigo volvió á negarse, moviendo la cabeza, y el maestro hubo de renunciar á la empresa.

Las sesiones de las señoras eran un poco menos tristes, gracias á la maestra de Pieve, que, con su viveza y con su gracejo natural, las entretenía á todas. También aquí iba siempre con flores en la mano, vestida de claro, encarnada y fresca como una inglesa de diez y ocho años, y en los pocos minutos que tenían antes de la lección si no había cerca maestros, ensayaba su agilidad en las paralelas ó saltaba la comba entre las sonrisas de sus compañeras rústicas algunas, y ya de edad madura, y cuyas simpatías había conquistado. Solamente las dos monjas miraban á otra parte, escandalizadas, y la señora Falbrizio que; en quince días había entablado relaciones con todas y sabía su vida y milagros, la censuraba con dulzura maternal, de corro en corro, manifestando que aquella exposición de medias blancas, por muy inocentemente que se llevase á cabo, no parecía bien, allí, á diez pasos de los maestros que la miraban de soslayo; tanto más, cuanto que la joven llevaba el vestido un poco demasiado corto, y también había allí oído ciertas conversaciones. Pero aquellas medias eran tan blancas, estaban tan admirablemente repletas, y tan bien ajustadas y tan lisas, que obtenían la indulgencia de las espectadoras menos benévolas. Al pasar cerca de un grupo de maestras, oyó Emilio á una buena mujer, de cabellos grises, que la defendía candorosamente.

—¡Bah! déjenla ustedes—decía;—¡pobre muchacha! Ella al menos honra aquí á la clase; demuestra que en el cuerpo docente no hay sólo pergaminos apolillados.

En los últimos días Ratti conversó más especialmente con la maestra señorita Manca, de la que tan excelentes recuerdos conservaba. La primera vez que se encontraron le saludó ella, bajando la vista un poco avergonzada de presentarse tan envejecida. Muy aviejada estaba, efectivamente, para el tiempo que había

pasado, pero el semblante descolorido sobre el cual parecía que hubiese dejado una huella todas las amarguras y todas las humillaciones de su desdichada existencia de maestra rural, mostraba todavía la resignación dulce de siempre, y su cuerpo delgado conservaba la gracia monjil de los años pasados. Escuchando su voz recordó el joven, conmoviéndose, las tranquilas noches que había pasado en casa de la maestra, en compañía de la madre de ésta, cuando la señorita Manca trabajaba en un ornamento para el altar mayor de la iglesia. La madre vivía aún; nada nuevo había ocurrido en su vida. Otras doscientas niñas habían gozado de sus atenciones y de su cariño; otras cuatro visitas de inspector la habían hecho estremecerse por su pedazo de pan; otras cuatro preparaciones para exámenes la habían tenido en afares y sobresalto durante un mes, y la maestra había derramado algunas lágrimas por reproches inmerecidos ó por ingratitudes de las niñas: nada más. El maestro la preguntó por sus conocimientos de Piazzera. El cura era siempre el mismo; al expresarse así quiso la maestra indicar discretamente que no solamente vivía aún, sino que vivía de la misma manera. El alcalde había exagerado todavía más su pasión por el aseó y por el idioma; pero se había encontrado con un maestro más lingüista que él, con el cual disputaba acerca de los *que* y de los *cual* con tal furia, que se les oía desde la calle. El señor Biracchio siempre tan fuerte en su casucha.

—¿Y la señorita Fanari?—preguntó con viveza Emilio, sonriéndose.

La maestra sonrió también, comprendiendo que Ratti deseaba saber si al cabo se había descubierto el secreto famoso, y vaciló un tanto al entrar en aquella conversación difícil, que nunca había tocado con su compañero. Pero vió en los ojos del maestro tal curiosidad juvenil y tanta benevolencia para ella, que, venciendo la repugnancia y sin dejar de sonreír, contestó:

—No, el secreto no se ha descubierto: su compañera continuaba realizando sus habituales expediciones á Turín, siempre impenetrable, siempre serena; y todos continuaban sintiendo más curiosidad y más ira

que nunca, llevando á cabo investigaciones que á nada conducían. Por fin, habiendo sabido que la joven tenía un retrato en fotografía que miraba con frecuencia y que conservaba guardado en un estuche, habían sobornado á fuerza de oro á una criadilla suya para quitárselo durante uno de los viajes de su ama, con la esperanza de descubrir por fin quién fuese el amante misterioso; no bien se vieron dueños del estuche robado, habíanse echado sobre él cuatro ó cinco con la curiosidad que puede imaginarse.

—¿Y quién era?—preguntó Emilio.

—Era la fotografía—respondió la maestra con respeto,—de Su Santidad León XIII.

Y agregó á lo dicho, volviendo á sonreír, que la burla había exasperado á todos aquellos señores de un modo...

Emilio soltó una carcajada. Preguntó después cómo estaba «de corazón» el delegado de «las maestras».

—¡Ah, el abogado!—murmuró la señorita comprendiendo que la pregunta aludía á su pasión dominante.

El abogado había recibido un golpe cruel. Aquella hermosísima maestra del pueblo de Altosso que á todos encantaba y de la que tan apasionado estuvo, se había casado. Un ingeniero joven que había ido á veranear se enamoró perdidamente y acabó por casarse con ella, á pesar de que un tío del ingeniero, hombre muy rico se había hecho nombrar delegado de escuelas adrede para hacer que despidiesen á la maestra; el Provisor mismo intervino para protegerla contra la persecución del tío, y había conseguido de éste que diese su consentimiento. La boda se había verificado en el pueblo, y cuando los novios habían partido, una nube de niños y de muchachas, todas las autoridades y la mitad del vecindario habían acompañado hasta una milla fuera del pueblo al carruaje, y lo habían llenado de flores. Después la esposa, tornando al pueblo en el verano siguiente, vestida como una princesa, más hermosa y mejor aún que antes, había dado un curso de lecciones dominicales á sus antiguas discípulas. Ahora tenía un hijo, y era dichosa. Mientras la madre decía esto, Emilio vió relampaguear en sus ojos aquella vaga expresión de tristeza que había echado

de ver otras veces: la tristeza de aquellos centenares de niños que en el transcurso de treinta años habían pasado por los bancos de la escuela sin que ella pudiese decir nunca á ninguno:

—Eres mío.

Llegó, por último, el día de los exámenes. Como éstos habían de ser públicos y como se sabía que debían asistir, entre otros, el Provisor, el Obispo y el Alcalde, la mayor parte de las maestras ancianas ó entradas ya en años se concertaron para lograr del inspector que ciertos movimientos no se ejecutasen en público, y hablaron dos días antes á la maestra de gimnasia. Esta no se opuso; pero para hacer las cosas en regla, formadas las alumnas en dos filas, ordenó que las que desearan ser dispensadas de los mentados ejercicios diesen un paso al frente, y las demás permaneciesen quietas. Treinta y ocho dieron un paso al frente; sólo permanecieron atrás las dos jóvenes. La solicitud fué elevada al inspector, el cual la sometió al Provisor; éste, después de haberse tomado tiempo para reflexionar, otorgó su consentimiento. Sin embargo, cuando se hallaron ante aquella muchedumbre de personajes, en el día solemne, la mayor parte de los examinandos tenían el aspecto de personas que se preparasen más á dar lo que vulgarmente se llama el gran salto, que á dar saltos de gimnasia infantil: de tal manera se hallaban todos atemorizados y confusos. Todos se habían puesto lo mejorcito que tenían; los ancianos estaban afeitados; las mujeres se presentaron peinadas. De una parte del gimnasio había una gran masa de convidados, todas personas de suposición; algunas de las cuales, asistiendo á los ejercicios, no dieron muestra de delicadeza más exquisita que la que hubo en el pensamiento de invitarlas. Manifestábase en este espectáculo lo mismo que están de ordinario algunas gentes en ciertas carreras de animales cojos y decréptos que se celebran en algunos pueblos; solamente que en tales casos hay, por lo menos, algún periodiquito de provincia que al domingo siguiente califica de bárbaro el espectáculo y llama villanesca la hilaridad del público. Lo que causaba mayor pena, habiendo sido admitidos en el gimnasio los hijos de

algunas de las examinadas, era el ver á los más pequeños reirse de las muecas grotescas y de la vergüenza de sus madres; los mayorcitos, que ya comprendían las cosas, ofendíanse por las sonrisas de los espectadores como por una afrenta. Una viejecita se desmayó. El clérigo, resbalando al saltar, cayó de rodillas. Pero no sobrevinieron más accidentes. El espectáculo acabó bien. No faltó sino la carrera en el saco.

EL SEGUNDO AÑO EN CAMINA

DÍAS OSCUROS

Cuando regresó Emilio á Camina había ya bastantes forasteros veraneando, y cada día se escuchaba un rumor nuevo, que daba la vuelta á todo el pueblo:

—La familia Borelli llegó anoche. Hoy llega la señora del ingeniero. Ya han pasado los equipajes de la casa Fiorini.

Pero con la época del veraneo pareció que empezaban para el joven las malandanzas. Una de las familias llegadas á última hora fué la de un profesor de la Universidad de Génova, quien le llamó para que repasase á su hijo que había quedado suspenso en los exámenes de grado de la escuela elemental. Había en aquella casa una señorita joven, como de diez y siete años, hermosa, y que debajo de una carita pálida y sentimental ocultaba una coquetería feroz, una monomanía invencible de tirar al blanco con sus ojos sobre el primero que llegaba, así como para ejercitarse y pasar el tiempo, seduciendo también á su víctima con un halago particular, que consistía en contener un tanto la respiración y dejar después paso á un suspiro, como si una conmoción muy honda perturbase su corazón. Esta niña comenzó de pronto á cruzar miradas y á fingir palpitaciones repentinas con el pobre Emilio Ratti, el cual, sin abrigar ilusión alguna, experimentó gran halago de su amor propio, pensando que si bien todo aquello no era en la muchacha más que un ca-